

Durante su marcha habia enviado de cuando en cuando á Pizarro, noticias del estado amenazante de la tierra, hasta que al cabo este gefe hubo de alarmarse seriamente y comenzó á temer que su oficial tuviese que sucumbir á un enemigo tan superior en número. Hizo salir por lo tanto á Almagro con casi todos los caballos que restaban, para que fuese á socorrerle, sin darle ninguna infantería á fin de que marchase mas á la ligera. Este activo capitán, aguijoneado por las nuevas que iba recibiendo por el camino, hacia marchas forzadas y tuvo la fortuna de llegar al pié de la sierra de Vileaconga la misma noche de la acción.

Sabedor del encuentro ocurrido, siguió adelante sin detenerse, aunque sus caballos estaban rendidos de tanto caminar. La noche era sumamente oscura, y temeroso Almagro de ir á tropezar con el campo enemigo, y deseoso además de noticiar á Soto que ya le tenia cerca, hizo tocar las trompetas, hasta que corriendo su sonido por los desfiladeros de las montañas sacó del sueño á sus compatriotas, para cuyos oídos fué aquella la música mas deliciosa. Contestáronle al punto con sus clarines, y en breve tuvieron el gusto de abrazar á sus libertadores.¹⁴

¹⁴ Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 5, cap. 3.

Ya cualquiera podrá figurarse cual seria el desaliento de los soldados peruanos, cuando á la primera luz de la mañana vieron reforzadas de aquel modo las filas de los Españoles. Era inútil el pelear contra un enemigo á quien el combatir daba nuevas fuerzas, y que parecia multiplicar su número á su antojo. Así fué que ya no quisieron renovar el combate, sino que aprovechándose de una espesa neblina que cubria las laderas de los cerros, abandonaron el campo y dejaron abiertos los pasos á los conquistadores. Los dos oficiales continuaron entonces su marcha, hasta que sacaron sus tropas de la sierra, y habiendo elegido una posicion segura resolvieron aguardar allí la llegada de Pizarro.¹⁵

El general en gefe permanecia en el entretanto en Jauja, adonde fueron á inquietarle las mas desfavorables nuevas del estado del país. Hasta allí todo lo habia conseguido casi sin apelar á las armas, y por lo mismo la resistencia de los Indios le cogia tan de sorpresa como á sus oficiales. Segun parece no comprendia que el carácter mas blando, puede cansarse al fin de la opresion, y que si alguna cosa podia sacar á los indígenas de su natural apatia, era el ver ajusti-

¹⁵ Refieren con mas ó menos proligidad el encuentro de MS.—Relacion del Primer. Descub., MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—todos ellos individuos pertenecientes al ejército. fol. 405.—Conq. i Pob. del Piru, cito.

ciar como un malhechor al Inca, á quien todos miraban con tan profunda veneracion.

Recibió, pues, con mucho placer las noticias que le trajeron de la retirada de los Peruanos; mandó decir una misa y que se ofreciesen solemnes acciones de gracias al cielo, "por haberse mostrado tan propicio á los cristianos en esta grande empresa." El Español fué siempre un cruzado. Era en el siglo XVI lo que *Corazon de Leon* y sus bravos caballeros fueron en el XII, pero con esta diferencia: el caballero de aquellos remotos tiempos combatia por la cruz y por la gloria, mientras que el oro y la Cruz eran el santo y seña de los Españoles. El espíritu mercantil habia ajado algo el espíritu caballeresco; pero el fuego del entusiasmo religioso, ardia tan vivo bajo el sayo acolchado del conquistador de América, como bajo la armadura de acero del soldado de la Palestina.

Sospechábase y con fundamento que alguna persona de autoridad habia organizado, ó á lo menos fomentado aquella resistencia de los indígenas, y las sospechas recayeron en el cautivo Challeuchima, á quien acusaban de mantener una correspondencia secreta con su confederado Quizquiz. Pizarro se presentó al Indio, y acusándole de autor de la conspiracion, le echó en cara, como antes habia hecho con su rey, la ingratitud con que habia pagado el generoso trato

recibido de los Españoles. Concluyó su conversacion notificándole, que si no hacia que los Peruanos depusiesen las armas y se sometiesen al punto, le haria quemar vivo tan luego como llegase á los cuarteles de Almagro.¹⁶

El capitan indio escuchó esta terrible amenaza con la mayor serenidad. Negó haber tenido correspondencia alguna con sus paisanos, y añadió que preso como se hallaba, no tenía poder para reducirles á sumision. Calló entonces obstinadamente, y Pizarro no llevó adelante el asunto.¹⁷ Hizo, sin embargo, doblar la guardia del preso y le echó cadenas. Era aquello muy mal indicio, y así se anunció tambien la muerte de Atahualpa.

Antes de salir de Jauja tuvieron los Españoles la desgracia de que muriese su hechura, el jóven Inca Toparca. Las sospechas recayeron segun costumbre sobre Challeuchima, á quien ya habian dado los Españoles en cargar todos los pecados de su nacion.¹⁸ Fué aquel un contra-tiempo para Pizarro, porque contaba obrar en

¹⁶ Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III. fol. 406.

¹⁷ Ibid., ubi supra.

¹⁸ A juzgar por el lenguaje de la carta dirigida al Emperador por la municipalidad de Jauja, y Reg. de Xauxa, MS.

muy distantes de estar convencidas del delito de Challeuchima. "Publicó fue, aunque dello no ubo averiguacion ni certenidad, que el capitan Chaliconiman le abia dado iervas o a beber con que murio." Carta de la Just. y Reg. de Xauxa, MS.

las tropas mismas se hallaban

lo sucesivo á la sombra de esta irrisoria magestad.¹⁹

Parecióle mas prudente al general no esponerse á perder sus tesoros llevándolos consigo, y por lo mismo los dejó en Jauja al cuidado de unos cuarenta soldados, que allí quedaron de guarnicion. Ningun suceso de importancia ocurrió en el camino, y habiéndose juntado Pizarro con Almagro, ambas fuerzas reunidas entraron á poco en el valle de Xaquixaguana, á cinco leguas del Cuzco. Era este uno de aquellos sitios amenos ocultos en el corazon de los Andes, cuya hermosura parece mayor por el contraste que forman con lo áspero y agreste del terreno que los circunda. Por medio del valle atravesaba un rio, que facilitaba el riego de la tierra y la mantenía cubierta de perpetua verdura; y la rica y floreciente vegetacion aparecia como un jardin cultivado con esmero. La belleza de aquel sitio y su deliciosa frescura, le hacian muy propio para habitacion de los nobles peruanos, y las faldas de los cerros se veian cubiertas de

19 Segun Velasco, Toparca, á quien él da otro nombre, arrancó de sus sienes con despecho la diadema que le diera Pizarro, y murió de pesadumbre á las pocas semanas. (Hist. de Quito, tom. I. p. 377.) Este escritor que era un jesuita de Quito, parece como que se considera obli-

gado á defender á Ajahuallpa y á su familia con tanto ardor como si se lo hubiesen encargado espresamente. Sus autoridades, cuando se digna apuntar algunas, es tan raro que le saquen airoso de sus empeños, que es arriesgado el fiarse de sus dichos.

casas de campo que les servian para ir á pasar en ellas los ardores del verano.²⁰ Una ciénega de alguna estension, formada en el centro del valle por los frecuentes desbordes de las aguas, desfiguraba en algo su hermosura; pero los arquitectos indios se dieron maña para construir una sólida calzada revestida de gruesas piedras, que atravesando por en medio del pantano, iba á reunirse con el camino real.²¹

Pizarro se detuvo en este valle algunos dias, durante los cuales se mantuvieron sus tropas á costa de los bien provistos almacenes de los Incas. Su primer paso fué formar proceso á Challeuchima, si puede decirse que hubo proceso donde la sentencia iba por decirlo así, inclusa en la acusasion. No nos dicen qué pruebas se presentaron; pero sí que fueron bastantes para convencer á los oficiales españoles de que el capitán indio era delincuente. Tampoco es de todo punto increíble que Challeuchima fomentase secretamente una insurreccion del pueblo, cuyo resultado debia ser la libertad de su patria y la suya propia. Fué condenado á ser quemado allí mismo. “Pareció á algunos cosa fuerte,” dice Herrera; “pero los que signen las razones de es-

20 “Auiá en este valle muy zes.” Cieza de Leon, Crónica, sumptuosos aposentos y ricos cap. 91.

adonde los señores del Cuzco sa- 21 Ibid., ubi supra, lian á tomar sus plazerés y sola-

tado, á todo cierran los ojos." ²² No se echa de ver á primera vista porqué preferian dar los Españoles á sus víctimas este cruel género de muerte; tal vez seria porque los Indios eran infieles, y desde lo antiguo se consideraba el fuego como el castigo propio del infiel, para simbolizar las llamas inextinguibles que le aguardaban en las habitaciones de los condenados.

El P. Valverde acompañó al gefe peruano hasta el lugar de la ejecucion. Segun se vé, siempre se hallaba presente en este momento terrible, ansioso de aprovecharlo, si era posible, para conseguir la conversion de la víctima. Pintó-le con los mas negros colores el horrible destino del infiel, que solo podia gozar de las inefables glorias del paraiso, regenerándose en las aguas del bautismo. ²³ Segun parece no le ofreció ninguna conmutacion del castigo de este mundo. Pero sus argumentos se estrellaron en su corazon endurecido, y el Indio le respondió friamente, "que no comprendia la religion de los blancos." ²⁴ Puede perdonársele que no comprendiera las bellezas de una religion que al parecer habia producido para él frutos tan amargos. Mostró en medio de sus tormentos la fortaleza característica del Indio americano, cuyo sufri-

²² Hist. General, dec. 5, lib. Ramusio, tom. III. fol. 406.
6, cap. 3.

²⁴ Ibid., loc. cit.

²³ Pedro Sancho, Rel., ap.

miento triunfa siempre de la saña de sus enemigos, y exhaló el último aliento invocando el nombre de Pachacamac. Sus propios paisanos trajeron la leña para encender la hoguera en que fué consumido. ²⁵

Poco despues de este trágico suceso, sorprendió á Pizarro la visita de un noble peruano, que llegó con grande pompa seguido de una numerosa y lucida comitiva. Era el jóven príncipe Manco, hermano del desgraciado Huascar, y heredero legítimo de la corona. Puesto en presencia del gefe Español, le declaró sus pretensiones al trono, y pidió la ayuda de los estrangeros. Dícese que habia pensado resistirles por la fuerza, y aun habia favorecido los ataques que recibieron en el camino; pero que mirando ser inútil la resistencia, habia adoptado esta prudente medida con gran disgusto de sus nobles, quienes tenian mas resolucion que él. Sea como fuere, Pizarro escuchó su demanda con particular placer, porque descubria en él un nuevo vástago del tronco real, que le seria mas útil para conseguir sus fines, que cualquiera otro de la familia de Quito, la cual agradaba muy poco á los Peruanos. Recibió por lo mismo al jóven con grande afecto, y no se detu-

²⁵ Ibid., loc. cit.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. El manuscrito del conquistador está tan estropeado en este lugar, que mucha parte de su narracion está borrada enteramente.

vo en asegurarle, que su señor, el monarca de Castilla, le habia enviado espresamente á aquella tierra para vindicar los derechos de Huascar á la corona, y castigar la usurpacion de su rival.²⁶

Continuó Pizarro su marcha llevando consigo al príncipe Indio. Detúvole algunas horas una partida de indígenas que le aguardaba en la vecina sierra. Siguióse un reñido encuentro, en que los Indios mostraron grande valor, y ocasionaron una ligera pérdida á los Españoles; pero estos al fin los rechazaron y se abrieron paso por el desfiladero, sin que el enemigo se atreviese á seguirlos en el llano.

Llegaba ya la noche cuando los Conquistadores dieron vista al Cuzco.²⁷ El Sol poniente iluminaba con sus últimos rayos la ciudad imperial, donde habia tantos altares destinados á su culto. Las filas de edificios bajos, que aquella pálida luz hacia aparecer como de plata, llenaban el fondo del valle y las faldas de las montañas, cuyas confusas formas asomaban oscuras por sobre la hermosa ciudad, como para defenderla de la profanacion que le amenazaba. Era ya tan tarde que Pizarro resolvió diferir su entrada hasta la mañana siguiente.

²⁶ Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III. fol. 406.—
Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

²⁷ "Y dos horas antes que el sol se pusiese, llegaron á vista de la ciudad del Cuzco." Relacion del Primer. Descub., MS.

Aquella noche se guardó en el campamento la mayor vigilancia, y los soldados durmieron con sus armas. Pero se pasó sin ninguna molestia por parte del enemigo, y muy temprano al dia siguiente, que era el 15 de Noviembre de 1533, se preparó Pizarro á verificar su entrada en la capital del Perú.²⁸

Dividióse el pequeño ejército en tres trozos, reservándose el general para sí el mando del centro, llamado "la batalla." Llenaba los suburbios una inmensa multitud de indígenas, que habian acudido de la ciudad y de los alrededores á presenciar aquel espectáculo pomposo, y tan extraño para ellos. Todos fijaban los ojos en los extranjeros con ansiosa curiosidad, porque la fama de sus increíbles hechos habia alcanzado hasta los confines mas remotos del imperio. Miraban con asombro sus relucientes armaduras y sus rostros blancos, que parecian acreditarles de verdaderos Hijos del Sol, y escuchaban con cierto temor indefinible el sonoro sonido de las trompetas, que se difundia por las calles de la ciudad, y el ruido de las pisadas de los caballos, que hacian estremecer el piso apesar de su solidez.

El general español se encaminó en derechu-

²⁸ Los cronistas no están de acuerdo en la fecha. No puede haber mejores autoridades que las seguidas en el testo: la relacion de Pedro Sancho y la carta del ayuntamiento de Jauja,

ra á la plaza principal. Estaba rodeada de edificios bajos, y entre ellos habia varios palacios de los Incas. Uno de ellos, construido por Huayna Capac, estaba coronado de una torre, y ocupaban la parte baja uno ó mas inmensos salones, como los que ya describimos en Caxamalca, y allí celebraban sus fiestas los nobles peruanos, cuando el tiempo era desapacible. Tales edificios proporcionaban cómodo alojamiento para las tropas, aunque durante las primeras semanas vivieron en la plaza bajo de sus tiendas, con sus caballos ensillados, y prontos á contener cualquier movimiento de los habitantes.²⁹

Aunque la capital de los Incas no igualaba al famoso *El Dorado* que se habian figurado en sus crédulas fantasias, asombró á los Españoles por la hermosura de sus edificios, lo largo y regular de sus calles, y el buen orden y apariencia de bienestar y aun lujo, que se notaba en su numerosa poblacion. La ciudad dejaba muy atrás á cuantas hasta entonces habian visto en el Nuevo Mundo. Su poblacion fué calculada por uno de los Conquistadores en doscientos mil habitantes, y en igual número la de los suburbios.³⁰ No

²⁹ Pedro Sancho, Rel., ap. Ramusio, tom. III. fol. 407.— Garcilaso, Com. Real., Parte I, lib. 7, cap. 10.—Relacion del Primer. Descub., MS. des edificios i comarcas, quando los Españoles entraron la primera vez en ella habia gran cantidad de gente, seria pueblo de más de 40 mill vecinos solamente

³⁰ "Esta ciudad era muy grande i mui popitosa de gran- te lo que tomaba la ciudad, que arravales i comarca en derredor

he hallado ningun otro escritor que confirme este cálculo. Pero por mas exagerado que se le suponga, no hay duda que el Cuzco era la metrópoli de un grande imperio, residencia de la corte y de la primera nobleza: allí acudian los artífices mas diestros y los obreros de todas clases, á cuyo talento daba ocupacion la casa real; habia ademas en la ciudad una numerosa guarnicion, y finalmente en ella se reunian todos los emigrados de las provincias mas distantes. Conociase desde luego el lugar á que pertenecia cada individuo de esta heterogénea poblacion, por su vestido particular, y principalmente por el adorno de la cabeza, que con sus variados colores producía un efecto pintoresco en los grupos y reuniones de las calles. El orden y decencia que reinaba en esta numerosa reunion de gentes tan diversas, probaba la escelente policía de la capital; y el único ruido que turbaba el reposo de los Españoles, era el bulli- cio de los festines y danzas, que con dichosa

del Cuzco á 10 ó 12 leguas creo cuatro mil casas, al tiempo de la yo que habia doscientos mil In- ocupacion, y en los suburbios dios porque esto era lo mas po- diez y nueve ó veinte mil. (Car- blado de todos estos reinos." ta al Emperador, MS., 20 de Mar- (Conq. i Pob. del Piru, MS.) Se zo de 1539.) Puede ser que so- cañula que un *vecino*, representa lo incluyese en su cálculo los edi- comunmente cinco habitantes.— ficios principales, y no creyó que Mas el P. Valverde, en una car- merecian mencionarse las chozas ta escrita algunos años despues, de adobe que componian la ma- solo calcula en la ciudad tres ó yor parte de una ciudad peruana.